

BAUTIZADO Y EVANGELIZADO

En otro tiempo (antes del Bautismo) éramos tinieblas; pero ahora somos Luz en el Señor: ¡Brillad, pues, como Hijos de la Luz! (Ef 5,8).

¿Están evangelizados todos los bautizados? Pero ¿cómo es posible que se de el sacramento del Bautismo antes de que el que lo recibe lo haga por propia iniciativa, tras haber conocido a Jesús y estar decidido a vivir en su seguimiento? ¿No es de un bautismo masificado, administrado a recién nacidos, de donde se deriva principalmente una Iglesia debilitada en su fe, compuesta en su mayoría por personas bautizadas, sí, pero no evangelizadas? ¿Y puede una Iglesia así ser luz del mundo y sal de la tierra? ¿Y podrán los *cristianizados* sin haber sido evangelizados, encontrar en su Bautismo la luz, la fuerza y la alegría que es experiencia de Dios y fermento del Reino de Dios en este mundo?

Tales cuestiones me han preocupado desde siempre. Confieso que he seguido bautizando a bebés, y también a jovencitos que lo piden para no ser distintos a sus compañeros y amigos, en una sociedad tradicionalmente católica, donde el Bautismo ha llegado a confundirse con un requisito sociológico que, emparentado con la Primera Comunión y la Confirmación un poco después, dan sentido de pertenencia a dicha sociedad. Nadie quiere ser señalado por diferente al conjunto de sus congéneres.

Pero, ¿hemos reflexionado, con la seriedad debida, en el daño que estas costumbres vienen haciendo, generación tras generación, a la vida cristiana y a la presencia de los cristianos en la marcha del mundo?

No soy el único que piensa -otros lo hicieron ya siglos atrás- que el mal endémico de las Iglesias Católicas en Occidente (el de las Protestantes es similar, pero por otras causas más relacionadas con la fragmentación y ciertas lecturas fideistas de la Palabra), proviene de esa raíz inficionada de triunfalismo en que se apoya el bautizar sin pedir antes conocimiento personalizado del Evangelio.

Entonando el *mea culpa*, al acercarse un año más las Fiestas Pascuales, que lo son, ante todo, celebraciones gozosas y proféticas del significado del Bautismo Cristiano, quiero ayudar a que cambie algo en el sentido de valoración y vivencia de nuestro Sacramento Bautismal. Si para mí, después de haber nacido persona humana en este mundo, lo más grande es haber sido bautizado en Cristo; y si reconozco que mi Bautismo ha sido -¡y lo es!- una fuerza en mí de constante renovación en la búsqueda del sentido de la vida y de la alegría de vivir, en el espíritu de servicio al prójimo, y, sobre todo, en el gozo incomparable de sentirme unido a Jesús de Nazaret en la vivencia de Hijo Amado del Padre..., se comprenderá -y alguno lo agradecerá- que me haya decidido a brindar la siguiente meditación -**Bautizado y Evangelizado**- con la que también doy gracias al Espíritu del Señor Jesús, por aquellas personas y aquellos medios que me han ayudado a ahondar, siempre con nuevos frutos, en las aguas de mi Bautismo

UN bautizado no está evangelizado:

hasta que no ha desterrado de sí todo miedo a la muerte,
y especialmente todo miedo a la condenación eterna;

en tanto no ha hecho de las Bienaventuranzas Evangélicas
su estilo más personal de su ser hombre entre los hombres;

si no ha comprendido que el Mandamiento Nuevo
no es un deber a cumplir sino una gracia a compartir;

si, al llamar a Dios “Padre”, no siente que su vida entera
forma parte del Misterio mismo del Eterno Viviente;

porque, estar bautizado:

es haberse sumergido con Cristo
en las aguas profundas de la Voluntad del Padre;

es, dejarse llevar por el Espíritu a ser testigo de la Vida
en el corazón de todas las muertes diarias;

y es formar parte de un Pueblo que camina entre los pueblos,
enarbolando la bandera sagrada de la Dignidad Humana.

Estar bautizado al par que evangelizado, ser en el Mundo
testigo fehaciente del Amor único que nos salva,

significa haber empapado la propia existencia en la Fe,
como experiencia del Absoluto que me habita y dinamiza;

conlleva mantener la Paz en el corazón de todo conflicto,
y sacar fuerzas de Esperanza de las propias flaquezas,

así como de las debilidades y miserias del Género Humano,
donde la Misericordia de Dios extrae bien de todo mal

y nos invita a colaborar con ella para desterrar de la faz de la Tierra,
la venganza con el Perdón, la ley del más fuerte,

con la ternura del que da su vida por los que ama
y afirma con su propia entrega la Resurrección como fruto
maduro de todo amor desinteresado.

Porque es una desdicha estar bautizado sin estar evangelizado.
Porque es el mayor de los dolores llamarse cristiano, creer que uno ya lo es,

y no vivirse a sí mismo enteramente, en el seguimiento de Jesús de Nazaret,
como otro Hijo igualmente amado y enviado por el mismo Padre.

Porque mi alegría, hoy, de estar bautizado en Cristo,
¡es la misma que me hace sentirme feliz de ser hombre entre los hombres!